EL ECO DE CARTAGENA. Viernes 31 de Marzo de 1882.

ECOS DE MADRID.

30 de Marzo de 1882.

La escena pasó en una calle estrecha.

—Buen hombre, oiga Vd. dice uno regularmente vestido á otro que tiene todo el aspecto de un aldeano.

—Que se le ofrece? pregunta este.

—Lleva Vd. cédula de vecindad?

—Si señor.

—A verla?

—Es Vd. alcalde ó juez?

—Soy delegado de la autoridad, y debo examinar los papeles de las personas que me parecen sospechosas.

—Bien señor no se enfade Vd., aquí está mi cédula.

—Necesito además otro dato... usted ha sido denunciado á la policía como expendedor de moneda falsa.

—Yol

—Si por cierto...

—En el nombre del padre y del hijo... dijo el aldeano haciéndose cruces.

—No hay que hacer se el devoto... enseñeme Vd. las monedas que lleva.

—Con mucho gusto... aquellas tiene Vd. y sacó de una punta de la faja dos ó tres duros y unas cuantas pesetas.

—No me habla equivocado añadió su interlocutor, son falsas como Judas y se las decomiso.

—Pero...

—Chito y dé Vd. gracias á Dios por que no quiero perderle. Si le entregó á Vd. al juez, lo menos le echa encima ocho años de presidio.

El pobre hombre se alejó todo asustado.

Este cómo comprenden los lectores es un nuevo sistema de timo que conviene saber para que no caigan en la red los inocentes.

Ya se ha averiguado la causa que determinó á intentar contra su vida á la pobre vendedora que hace poco trató de suicidarse en la calle del Gobernador.

La infeliz ántes de pasar á mejor vida ha declarado.

No fué ni más ni menos que víctima de un timo, si no de nueva invención por lo menos caído en desuso.

Una gitana la convenció de que el medio infalible de pescar el premio gordo de la lotería era reunir 50 monedas de oro de 5 duros cada una envolverlas en un trapo, enterrarlas y el día anterior al sorteo sacarlas é inventarlas en billetes.

—No hay duda añadió la bohemiana, la gitanería es infalible.

La pobre vendedora de verduras tenía algunos ahorros; pero no lle-

gaban á la suma de 5,000 reales. Para completar acudió á los vecinos y como era honrada no vacilaron en acudir en su ayuda.

Completada la cantidad, ella y la gitana la enterraron con el mayor sigilo y desde el día siguiente desapareció la segunda.

Pasaron días y no se presentaba: al fin fué la vendedora á buscar el dinero para comprar los billetes y vió... ¿qué habia de ver? que las monedas habian desaparecido.

Arruinada y llena de deudas... se tomó una disolución de fósforo. En cuanto á la gitana... ha sucedido con ella lo que con el dinero... se ha evaporado.

Por causa muy distinta... un amor desgraciado intentó la otra noche imitar á la anciana una jóven de diez y siete primaveras. Se acudió á tiempo y vivirá.

No ha tenido esta suerte un jóven que en un piso bajo de la calle de la Bola se levantó la tapa de los sesos.

La sangre enardecida sigue haciendo de las suyas.

Dos dependientes de consumos riñeron la otra mañana.

Uno disparó el revolver sobre su camarada y este, que salió ileso, cayó sobre él, le arrjó al suelo y si no les separan dá cuenta de él.

En una caballeriza riñeron tres cocheros, quedando todos magullados. Los caballos que presenciaban la escena se avergonzaron de sus semejantes.

Un guardia de orden público y un aguador se dieron de bofetadas en una calle de las más cétricas.

Por último en el barrio de las Peñuelas, dos hijas de Eva se acometieron y la una rompió á la otra la cabeza.

Así como por este tiempo se dá á los perros bolas, á ciertas personas convendría administrarles á la fuerza tita y calaguala.

¿Conocen VV. el robo por tabla?

Pues estos días se ha reproducido—Un caco escamoteó dos cuadros de una sala del templo de San Isidro.

Dejó los marcos en un rincón, se llevó los lienzos y presentándose á un conocido escultor le dijo que pertenecian á una señora anciana que necesitaba deshacerse de ellos.

El artista los examinó, los ajustó, pagó su importe y se creyó dueño legítimo de las pinturas.

Al día siguiente anunciaron los periódicos el robo de dos cuadros, lee el escultor la noticia, recela y acude al juzgado con los lienzos.

Explica lo que ha sucedido y oye que en efecto lo que él posee es el cuerpo del delito.

El templo recupera sus cuadros

el caco desaparece con el dinero y el escultor es el robado.

¿Es esto ó no robar por tabla?

Los vecinos de la calle de Hortaleza se hallan bajo la influencia de un enigma.

Ante ayer mañana apareció en la calle un coche de alquiler. Estó no tiene nada de particular, lo extraño es que vehículo y caballo estaban solos, el cochero habia desaparecido.

Se formó un grupo en torno del carruaje, comenzaron los más pintorescos comentarios, intervino la autoridad, se buscó el auriga... y nada!

El coche permanecía allí quieto.

—Robo no ha sido, decían uno, por que en este caso se habian llevado el coche y habian dejado al cochero.

—Habrásido un secuestro.

—En ese caso no estarán lejos ni la víctima ni los verdugos.

—Claro...! El cochero se ha detenido aquí, habrá subido á algun cuarto y allí...

—O el cochero habrá enganchado, habrá entrado en la cochera á buscar algo, el caballo impaciente habrá partido y se habrá detenido aquí por querencia.

—¿Querencia ese caballo mataron?

En fin no acabaría si reprodujese las conversaciones.

Veinticuatro horas despues, el cochero continuaba siendo un mito.

A la hora en que escribo sigue ignorándose su paradero.

Se han estrenado dos obras teatrales con buen éxito. Titulanse «Gorriones y Crisis total.»

Ceferino Palencia ha cedido los productos de su beneficio á la sociedad protectora de los niños.

Ducacal y Pina han ido á Paris en busca de obras de espectáculo para el verano.

La sociedad protectora de animales y plantas ha celebrado una sesión en la que hubo debates nada pacíficos.

Tratabase de expulsar á los socios que han contribuido á enjugar el deficit social y con este motivo hubo toros y cañas.

Algunos se manifestaban furiosos.

—Porque no interviene Vd. y apacigua á los exaltados? dijeron á uno de los socios más influyentes.

—Porque nuestra proteccion, contestó, no alcanza á las fieras.

Una jóven se presenta á pretender el cargo de doncella en una casa principal.

La señora que habia tomado informes.

—Queda Vd. admitida, le dice.

—Muchas gracias, pero aún me queda algo que hacer? No ha tomado informes de mi la señora?

—Si por cierto.

—Pues en cuanto yo los tome de la señora resolveré.

¿Progresamos ó no?

JULIO NOMBELA.

LOS FANTOCHES.

Hace algunos meses aparecieron fijados en las esquinas de las calles de Madrid, unos carteles de colores en los que, en grandes caracteres y en idioma extranjero, se leía.

«Los fantoches!»

La incognita frase se divulgó por todos los ámbitos de la coronada villa; por todas partes se repetía sin que nadie acertara á comprender el significado de ella.

—Señora Jacinta,—decía una mañana la doncella del principal á la portera,—¿sabe V. que son los fantoches?

—Pues, chica, los fantoches son unos muñecos blancos que bailan y otros negros que tocan.

—¿Acabáramos!—respondió la doncella.—¿Y á eso llaman fantoches?

La frase habia hecho fortuna una vez desoñado el enigma.

¿Se puede aquella aplicar á tantas personas!

Por ejemplo, entra un pollo de esos estirados en la reunión que da en su casa la señora de N. por el cumpleaños de su hija. Se deshace en reverencias; su cuerpo se dobla como un junco.

—«Qué fino y qué cortés!»—exclaman las señoras.—Jamás fué así mi marido.

Como todo tiene fin en este mundo, lo tienen también aquellas cortesías y se sienta. Arregla despues su corbata, estira cuanto puede el cuello y saca los puños de la camisa hasta cubrir la punta de los dedos.

—¿Qué guapo y qué elegante!—exclaman para sí las jóvens, mirán dole de hito en hito.

Habla á guito herido, y se rie á carcajada seca, meciendo su cuerpo ridiculamente, y entre otras cosas, llama «divino» á «Frasquito» cuando habla de toros.

—¿Qué entretenido!—exclaman todos.

—¿Y qué fantoches!—dirán también mis lectores.

A este sigue otro que lleva en la mano un papel enrollado en forma de canuto; presume de poeta ó literato. La misma extravagancia se advierte en sus maneras. Cuando habla hay que cuidar de los ojos que amenaza saltar con el rollo de papel.

—Ricardo,—dice una señora á quien la lectura de un verso ataca á los nervios,—¿nos trae V. esta noche alguna composición?

—Si, señora, un soneto felicitando á nuestra distinguida amiga Matildita.